

CUARESMA Y CONVERSIÓN A LA EXPERIENCIA MÍSTICA

Preocupación por una cuaresma con sentido evangélico

SE ACERCA la Cuaresma. Me encuentro, exactamente, cuando comienzo a escribir estas líneas, en el domingo del Bautismo de Jesús, hoy, trece de enero. Desde mi rincón alejado de las urgentes tareas pastorales, no por eso me siento dispensado de la preocupación de ayudar al número posible de hermanas y hermanos a vivir una Cuaresma con contenido y sentido cristianos. Veo el movimiento de las parroquias más cercanas, y aprecio la generosidad indudable de pastores y abnegados colaboradores a las tareas propuestas en los Consejos Pastorales. Pero me suele parecer que falta una auténtica jerarquización de las actividades y motivaciones cuaresmales. ¿Qué debe ser lo primero a promover a través del movimiento total de la parroquia? ¿Aquello de lo que se beneficiarán, por igual, las celebraciones, la caridad, la catequesis y el testimonio evangélico en el mundo...?

Vengo en los últimos tiempos pensando y volviendo a pensar sobre lo que dice Pablo de la Ley, en cuanto que pedagogo y tutor del Pueblo de Dios en estado de infancia, y que me parece oportuno traer aquí en su contenido principal: *Antes de venir la fe, la ley nos tenía presos, esperando a que la fe fuera dada a conocer. De manera que la Ley se hizo cargo de nosotros, como si fuéramos niños, para instruirnos, hasta que Cristo viniera y creyendo en Él pudiéramos entrar en la adecuada relación con Dios. Pues ahora que llegó la fe, ya no estamos más a cargo de ese instructor que era la Ley* (Gál 3,23-25).

¿Qué es lo que me atrae de este texto en el contexto actual de las parroquias, y muy en concreto, respecto a los planteamientos pastorales ante una nueva Cuaresma? Creo que es la constatación de encontrarme frecuentemente con una feligresía muy infantil en sus conocimientos de la fe cristiana; y no por falta de instrucción catequética y homilética, sino por el desfase entre una formación de carácter teórico y una personal y profunda experiencia de fe. Los conocimientos dispensados y acumulados son hoy, sin duda, muy superiores a los de décadas pasadas. Se reciben nociones teológico/doctrinales en una cantidad superior a la digerible por personas que tienen una vida secular muy llena de preocupaciones y tareas familiares, profesionales y sociales. Da la impresión de que se trata de dos líneas que permanecen paralelas: una, la de la vida ordinaria de los fieles cristianos, otra la de la ingestión de ideas religiosas de carácter dogmático y moral, sin que aparezca con claridad la relación entre contenidos doctrinales y maduración en la fe.

Someterse a una indoctrinación de la fe suele resultar una manera de renunciar a una fe madura

Para Pablo estaba claro que someterse a la Ley era una forma de renunciar a la propia madurez cristiana. Pero que no se trata de un desprecio de la misma, sino de una superación, como supera el escolar los conocimientos académicos hasta convertirlos en sabiduría profesional y vital. Si no fuese así se estaría demostrando que la Ley no ha cumplido bien su función de educar para la vida. Todo aprendizaje que no nos enseñe a vivir con libertad, es decir, con autonomía y experiencia personal de aquello que hemos aprendido, resulta una enseñanza inútil, si no nociva. La mejor pedagogía, en todas las materias del saber humano (no puede ser distinto referido a la vivencia de una fe adulta), es la que hace madurar a la persona que la recibe en su capacidad de pensar, de sentir y de actuar por ella misma, dentro del amplio campo abierto ante su espíritu por la asimilación práctica de lo transmitido. Situarse ante la existencia humana y ante sus grandes desafíos con actitudes de

responsabilidad personal, creatividad en los deberes y compromisos adquiridos y clara conciencia de búsqueda en todo lo referente a la máxima realización posible de los valores humanos, es el único resultado aceptable de todo proceso educativo. Pues esto mismo -pero más todavía- si se trata de la educación en la fe cristiana.

Porque la fe cristiana es la educación, no en unas verdades de carácter externo/doctrinal, sino de carácter interno/experiencial. Toda fe que no es experiencia es ideología. Y ninguna ideología tiene poder para transformar una vida y elevarla a sus mejores cotas de felicidad, libertad y creatividad.

La radicalidad del mensaje de Jesús apunta a una religión del corazón

Jesús, al anunciar el Evangelio del Reino, es promotor de un nuevo sentido religioso, que se aparta radicalmente de la religión como rito y norma moral. *Nadie arregla un vestido viejo con un remiendo de tela nueva; porque el remiendo nuevo encoje y rasga la tela vieja, y se hace más grande la rotura. Ni tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque el vino nuevo reventará los odres viejos, y se pierde, tanto el vino como los odres. Por eso hay que echar el vino nuevo en odres nuevos* (Mc 2, 21-22). Tanta radicalidad expresada en el evangelio de Marcos apunta a una nueva concepción de la salvación que viene de Dios, no ya como estricto sometimiento a la norma, sino como una interiorización de la misma, basada en situar la Justicia y la Misericordia por encima de todas las prescripciones legales (cf. Mt 23, 1-36). Y, hasta tal punto elevará el mensaje de Jesús el sentido de la vida y de la perfección de sus seguidores, que propondrá para ellos como modelo la perfección “inimitable” del propio Dios (cf. Mt 5,21-48). ¿Cómo pudo atreverse a tanta radicalidad, altura y profundidad, en su propuesta de seguimiento a sus discípulos, el rabino de Nazaret?

Bien sabía Jesús que no estaba pidiendo nada imposible. Se trataba de aceptar una fe que pone el acento, no en lo que yo puedo hacer para agradar a Dios, sino en lo que Dios está dispuesto a hacer (y, de hecho, está haciendo) mediante el don de su Espíritu en cada vida creyente. Será únicamente por la fuerza del Espíritu como lograremos ser perfectos a la altura del mismo Dios (cf. Hch 1,8; Jn. 16, 13; Rm 8). Pero esto tiene una condición: la conciencia explícita de que solo el amor salva. Precisamente, el Espíritu derramado en nuestros corazones, al entrar el seguimiento de Jesús, es Espíritu de Amor. Amor divino que dinamiza todos nuestros amores humanos. Por eso ya es imposible separar el amor a Dios y al prójimo, siendo la regla de oro de los seguidores de Jesús, *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo* (Mc 12, 28-34); norma en la que está contenida *toda la ley y los profetas* (Mt 7, 12).

Tal es la revolución de Jesús. Al proclamar al hombre superior al sábado (Mc 2, 23-27), y al inculcar un sentido de pureza que nada tiene que ver con ritos y sacrificios culturales (Mc 7, 15-23), pone en marcha un sentido religante, trascendente, de la vida humana, que tiene su fuente en el propio interior del hombre que se sabe habitado por la fuerza de lo alto. Descubrir dicha inhabitación y echar raíces en ella, es la tarea de toda una vida creyente. Y la mejor tarea pastoral, aquella que induce al creyente a su plenitud en Cristo, mediante el cultivo asiduo y metódico de la vida interior. Es así como todo bautizado podrá avanzar en el *sensus fidei*, una fe adulta que no es solo pensada sino a la vez sentida, conjugando en ella la comunión eclesial y la autonomía en su búsqueda personal de una relación de intimidad con Dios. De tal búsqueda ningún creyente debe verse dispensado, y menos, obstaculizado.

El amor como piedra de toque de autenticidad en el seguimiento de Jesús

Un buen resumen de la calidad indiscutible e incomparable del amor, como savia del auténtico crecimiento en la vida cristiana, lo podemos encontrar en Juan 14, 23-24, que pone en boca de Jesús las siguientes palabras: *El que me ama, hace caso de lo que yo digo; y mi Padre lo amará, y mi Padre y yo vendremos a vivir con él. El que no me ama, no hace caso de lo que yo digo. El mensaje que estáis escuchando no es mío; es del Padre que me envió.*

Queda claro que el seguimiento de Jesús es cuestión de amor, no de ideología alguna de carácter religioso (a no ser que el amor adquiera por sí solo dicha categoría). Hacer caso de lo que dice Jesús, presupone el amor. Algo así como si nos dijera: solo el que me ama llega a entender mis palabras. Con lo cual, Jesús coloca el amor en la cumbre de su mensaje y de su propio testimonio. Y, si bien se entiende, como no es posible amar lo que no conocemos, Jesús nos invita a conocerlo primero permitiéndole que nos dé su amor. *Como el Padre me amó, así os he amado yo; permaneced en mi amor.* Y también: *No sois vosotros los que me habéis elegido a mí, sino yo a vosotros, para enviaros a dar fruto abundante y duradero* (Jn 15,16). Solo, pues, con que amemos a Jesús dejándonos amar por Él, contamos con el amor incondicional del Padre, y ello de una manera inconfundible: la presencia de ambos en nuestro mundo interior. Vivir de dicha presencia es lo único que merece el nombre de cristiano. Y es, en la comunicación amorosa con el Padre y el Hijo, que propicia el Espíritu de Amor, donde cada uno aprende a ser él mismo, descubre su misión en la vida dentro de los valores y objetivos del Reino, y rehace constantemente sus fuerzas espirituales en la savia de una fe que es experiencia de un amor que nunca muere.

A partir de esta reflexión es que me atreva a decir que no hay vida cristiana sin la experiencia de un amor que es dueño de mi vida, porque la llena de sentido temporal y la enraíza en una dinámica de crecimiento indefinido.

Insuficiencia del Credo si no ha sido interiorizado en contemplación de amor

Pero, lo mismo que decía Pablo respecto a la Ley heredada de los mayores, lo hemos de decir ahora del acervo doctrinal recibido de nuestra tradición.

Afirmamos que la Tradición, incluyendo en ella todo el cuerpo dogmático de la Iglesia Católica, forma parte de una historia de salvación, pues es el resultado de innumerables experiencias de fe vividas y transmitidas por creyentes de muchas generaciones, celosos de defender su pureza y esplendor. Mas por sí sola, es impotente para salvar al humano que no se conforma con una vida de fe rutinaria, convencional, más o menos masificada. El gregarismo debe estar muy lejos de la verdadera vivencia eclesial, cuya dimensión fraterno/filial brota de compartir el mismo amor y la misma misión evangelizadora, cada cual con su carisma o ministerio, pero siempre en la igualdad esencial y en la comunión que respeta el pluralismo que siembra el Espíritu en las Iglesias y aun en toda carne.

La afirmación intelectual, o el mero sometimiento a la doctrina transmitida por la autoridad eclesiástica, no es suficiente para el desarrollo de una potente vida cristiana. Y esto debiera decirse más y con más énfasis. Pues privar a los fieles de una fe experiencial, puede ser un daño irreparable para muchos de ellos, y por supuesto, para el conjunto y la buena marcha de nuestras iglesias.

Como la Ley ejerció su responsabilidad pedagógica respecto a la fe en Cristo, hoy el Dogma debe someterse a la misma condición de pedagogo y guía de la experiencia del Dios de Jesús. Su verdadera eficacia doctrinal, es decir, su capacidad de instrucción y formación de buenos cristianos, debe consistir en crear el clima eclesial donde todos los miembros de la comunidad puedan cultivar su vida interior y desarrollar la vivencia mística. Como la fe supone la madurez de la Ley, así la vida contemplativa, en cuanto que encuentro amoroso con Dios en las profundidades del propio ser, supone la asimilación provechosa del Dogma. Una indoctrinación que no vaya acompañada (incluso, precedida) de seria y metódica iniciación en los procesos de la vida mística, desembocará inevitablemente en producir creyentes infantilizados, no maduros para el amor de desposorios, que es el objetivo irrenunciable de toda vida de fe. Y, lo que es peor, tales fieles inmaduros en la fe, serán y aparecerán ante el mundo, como ridículas criaturas incapaces de dar razón de su esperanza.

Y así como el pueblo de la Nueva Alianza ya no está sometido al pedagogo (Gál, 3,25), es decir, a la Ley Mosaica, tampoco el creyente habitado por el Espíritu del Señor Jesús está sometido a una doctrina que no tiene poder para transformar su vida al calor de la experiencia mística. El conjunto de verdades reveladas, Credo o Símbolo de la Fe, ha de dejar de ser letra muerta para pasar a Espíritu que da vida. Ninguna, pero ninguna, de las verdades contenidas en el Credo cristiano/católico, deja de ser una llamada a hacerlas verdad en la manera propia de vivir, de pensar, de actuar, sin dejar para nada de ser un hombre entre los hombres. Hasta tal punto que, la verdad revelada, se revelará en el creyente y para los demás, como verdadera, si se hace verdad encarnada en las realidades temporales en que se desenvuelve la existencia creyente. Dicha encarnación consistirá en su capacidad de aportar sentido, alegría, creatividad, audacia, solidaridad y compromiso liberador a todos los caminos emprendidos por su amor a Dios y a los hermanos.

La experiencia mística, expresión genuina del seguimiento de Jesús

La experiencia mística resulta así el resumen más completo de la ley y los profetas, y la expresión más genuina del seguimiento de Jesús. En una fe que es gozo de sentirse habitado y en diálogo permanente con un Amor que es fuente del ser y dinámica de todo auténtico progreso en el bien común, el creyente cristiano se vive a sí mismo estrechamente unido a Jesús de Nazaret, que, en cuanto Hombre verdadero, hizo suya a tope esta aventura de la vida interior, y en cuanto el Cristo de nuestra fe, nos urge desde adentro a no separar nunca la experiencia mística de la actividad gozosa y serena de colaboración con un Padre de Misericordia infinita, siempre activo en los caminos de la humanidad histórica, y más interesado que todos juntos en que triunfen la Verdad y la Justicia, la Paz y el Amor.

La santidad del cristiano no será nunca la de un cumplimiento de la norma, por exacto que pudiera ser, ni la de una creencia, por acoplada que estuviere al dogma propuesto. ¿Entonces? ¿No termina Pablo casi siempre sus cartas con recomendaciones de tipo conductual? ¿No escuchamos, por ejemplo, en 1ª Tesalonicenses (4,1-12), una larga serie de prescripciones de orden moral, hecha en el nombre del Señor Jesús? ¿No adquiere, incluso la moral sexual, un puesto destacado en los encargos de Pablo a los cristianos de Tesalónica? Ello es innegable. Pero el sustrato de tal aparente moralismo paulino no es otro que el de recordarnos que Dios nos ha llamado a vivir *consagrados a Él*; consagración que resulta imposible si no se realiza en la comunión de Amor que el Espíritu propicia en el corazón de cada creyente (*pues nos ha dado su Espíritu, el cual nos consagra a Él*). De modo que la santidad moral de una vida creyente es el fruto de haberse tomado en serio la presencia del Espíritu que nos consagra al Amor. Pues es Dios mismo quien nos ha enseñado a amar, dice Pablo, con un amor que no es resultado de ningún esfuerzo personal, de ninguna imposición desde fuera,

sino de la fuerza de amar que la vida mística desarrolla con la calidad de un amor de gratuidad que crece en nosotros cuanto más lo compartimos.

La experiencia mística es vivencia de amor expansivo y gozoso, si bien, no siempre exento del signo de la Cruz. Antes bien, la presencia de la Cruz de Cristo, será garantía de que nuestro amor no nace de la carne, sino de la fecundidad del Espíritu, fuente inagotable de renovación en la entrega. Cuando la fe es vivida como oscura noticia -pero ardiente- de que Dios se me ha entregado para ser el habitante número uno de mi existencia temporal, yo ya no puedo vivir esta sin entregarla generosamente al amor de cada día.

Cuaresma como Desierto de intimidad con Dios

¿Conversión cuaresmal? ¡Al Dios que nos habita! ¡Al desierto de la intimidad con Dios! Una cuaresma cuya orientación pastoral resida en ayudar a los creyentes a hacer silencio, largo silencio de toda clase de ruidos, interiores y exteriores, cercanos y lejanos, para poder escuchar al Espíritu de las profundidades convocándonos al abrazo con el Eterno Viviente. Las mejores prácticas cuaresmales, deben ser, pues:

- La sincera búsqueda de tiempo y espacio para apartarse del bullicio cotidiano, de palabras, acciones y preocupaciones que, aun siendo sinceras, nos sacan de nosotros mismos, nos llenan de ruidos por dentro, y vacían de eficacia evangélica nuestra presencia entre los hermanos. Es preciso descubrir, de forma personal, que no se nos pide cantidad, sino calidad en nuestro testimonio de fe.

Hay que llegar a desnudar muchas de nuestras acciones pastorales y misioneras de su ropaje de activismo febril, a través del cual nos buscamos a nosotros mismos (el éxito de mi propio trabajo), o proyectamos actitudes de competitividad y afán de dominio. ¿Resultan, acaso, raras estas maneras de actuar entre pastores y fieles comprometidos de nuestras parroquias?

- La penitencia de la perseverancia en los tiempos de oración pura, de recogimiento en la soledad del alma, de espera atenta (y, por supuesto, paciente) de la visita del Señor. Sin tal perseverancia solemos echar a perder los mejores logros de nuestra vida interior, es decir, de la experiencia mística. Porque se trata de esperar *en fe pura y desnuda*, sin asideros de consuelos interiores o regalos espirituales, que es la manera de decirle al Señor que todo cuanto esperamos es a Él mismo, Él en persona, Él como el único necesitado de nuestra vida con su imperiosa necesidad de amar y ser amado.

Es una manera de penitencia, un ejercitarse en el camino de conseguir que toda nuestra vida sea oración; cosa imposible sin que el hábito del silencio y del recogimiento asiduos vaya eliminando los vicios del activismo, protagonismo y otros objetivos de carácter egoísta. ¿No nos brinda la Cuaresma cuarenta días de desierto, a fin de que los largos ratos de oración, *a solas con el solo*, moldeen nuestro psiquismo con el talante de la permanente escucha amorosa? ¿Cabe proponerse más urgente y beneficiosa penitencia?

- Tomar conciencia (siempre cabe avanzar en este camino) de que Jesús de Nazaret, en cuyo seguimiento he optado vivir, y en quien tengo a mi Maestro único y único Señor, me llama a profundizar en su amistad, a fin de que en el trato sereno y confiado con Él, me sepa un hijo amado del Padre, un *predilecto* como Él mismo; pues el Padre tiene sus “predilecciones” que nunca se agotan, en cuantos hacen de su Hijo Único su Modelo único.

Al ser Jesús el predilecto de todos los movimientos de mi conciencia humana, entro a participar de la misma predilección del Padre hacia todos los que escuchan a su Hijo y se identifican con Él. ¿No es uno de los objetivos primordiales de la Cuaresma llegar a identificarnos más y mejor con el misterio de Cristo? En tal identificación aprendemos a dejarnos conducir por el Espíritu, a no desear otra cosa que realizar con nuestra entera vida la voluntad de Padre, y así llegar a experimentar la fuerza de la Resurrección en todos nuestros senderos de amor y de servicio.

Identificados con Jesús de Nazaret en la causa de su muerte (la fidelidad al Reino), e identificados, inseparablemente, con Cristo Resucitado que vive en nuestros corazones por el Espíritu, y nos alienta a no desfallecer en el itinerario hacia *los cielos nuevos y la tierra nueva habitados por la Justicia*, experimentamos que no estamos jamás solos en la lucha contra la mentira del mundo, el poder y la violencia que causan tanto estrago. Y experimentamos, crucificados con Cristo, que la victoria es de nuestro Dios, que es el Dios de la Vida para todos; y a nosotros nos corresponde gustarla ya en nuestros corazones como su alimento principal, y extraer de ella la energía de la esperanza que vence al mundo, no el mundo de la convivencia y de la ascensión humana, sino el del poder convertido en ídolo sangriento.

En suma, se trata de una Cuaresma en que las verdades de fe no se limitan a doctrina aceptada con sumisión reverente e irreflexiva, sino asimilada interiormente con responsabilidad personal y convertida en vida propia al servicio de la vida del universo. Cosa imposible si la fe no es una experiencia con poder de transformación sobre quienes así la reciben y cultivan. Tal vez sea imprescindible disminuir los actos piadosos que suelen realizarse tan profusamente en nuestras cuaresmas más tradicionales (triduos, novenas, vía crucis, procesiones...) para dejar espacio al silencio adorativo y a la meditación del corazón. Pienso que este tipo de práctica cuaresmal, basada en la vida interior y atención a la dimensión mística de nuestra fe, puede producir cambios de alto nivel espiritual y pastoral. Creo que, por lo menos, vale la pena plantearse.